

# PEPE GARCÍA DEL CAMPO

ADULTOS

## Por esos mundos pequeños

Una tarde de mayo en una pequeña calle del arrabal de una ciudad relativamente grande. Los jardines con sus árboles bien cuidados, con sus parterres recién cavados y con los cespedes amorosamente segados no carecen de ningún detalle que a un maestro de pintura tampoco se le hubiera olvidado integrar en una obra del naturalismo. Un anticiclón de las Azores no está permitiendo que se instale ni la menor nube en un cielo plenamente azul y si bien en ocasiones es posible que una vieja cicatriz le haga cosquillas a un gato en su cesta o que por un corto sueño diurno una vecina olvide la leche hirviendo en el fogón se trata de un momento pacífico y de amplia satisfacción en un día más bonito que la media.

Un carpintero jubilado está sentado en un banco dentro de una cabaña de madera con el techo travieso y poco iluminada por unos fragmentos de luz que consiguen traspasarse por unas ventanas pequeñas de cristales verdes. Al lado está floreciendo un sauce en cuyas ramas están cantando unos gorriones canciones de amor y elogio. El viejo respira lento y tranquilo mientras sus ojos parecen fijarse en un par de herramientas descansando en una mesa ancha de trabajo.

—No hay la menor duda de que este invento cambiaría el mundo,  
rompe el silencio idílico la voz del viejo después de que hayan pasado algunos momentos perdidos en el tiempo. El tono resuena como si fuese repetido por el propio espíritu de Arquímedes antes de que se apodere de la escena otra vez el silencio.

Algunas horas antes se levantó el día temprano y con aquella impresión de que no era una madrugada cualquiera. A un perro le desconcentraba una mosca cuando habría de ladrar al muchacho que dejó el periodico en el buzón. Un fusible se rompió y puso fuera de servicio a todos los despertadores eléctricos de una casa puntual. Una madre se despertó preocupada al no oír a su crío que dos cuartos más adelante acababa de descubrir su dedo pulgar por lo cual, en vez de recordar el pecho, chupeteaba el dedo curiosamente.

Por otro lado el viejo no cambiaba de costumbres matinales. Después de haber bebido el agua de la botella, la que siempre dejaba al lado de la cama, se levantó y no tardaba casi nada en el baño antes de que tomara dos naranjas y un café solo largo en una mesita de la cocina, un desayuno al que se había acostumbrado a lo largo de muchos años en los que curraba sin reproche. Puso entonces la radio para escuchar las noticias de la mañana mientras fregaba la taza, el plato, una cucharadita y el cuchillo y lo que no le había apetecido lavar la noche anterior.

Luego se ponía un tejano y una camisa con un chaleco encima y con unas botas de trabajo salía finalmente al jardín con su casita de bricolaje donde tenía planificado pasar la mañana arreglando un par de muebles para los nietos.

Cuando ya llevaba dos horas allí renovando un conjunto de candelabros y una cómoda de roble antigua le obligó el timbre a que se despegase del trabajo y que fuera a ver quién le había venido a visitar. Vino el Manuelito, el hijo de su hija, que iba sacando el perro.

–Hola abuelo, te mando un pastel de miel de la madre, como te gusta a tí,  
decía el joven que apenas descollaba al San Bernardo detenido a su lado.

–Hola Manuel, ¿qué tal los dos?

–Pues yo muy bien, abuelo, a Bruno le molesta un poco el calor, pero papá dice, que aún no ha perdido todo el pelaje de invierno.

–Mmm, pues si tu padre lo dice será cierto. Venga, Manuel, entra. A Bruno le vamos a poner un poquito de agua y nosotros probamos el pastel de tu madre, ¿te parece?

–De acuerdo, abuelo, ya le voy a poner yo la escudilla. Está en la terraza, ¿verdad?

–Sí, sí. ¿Te hago un Cola Cao?

–Sí abuelo, por favor, ahora te ayudo.

–No te preocupes, Manuel, tú siéntate. ¿No tienes deberes?

–Ya los he hecho. Solo que me falta escribir una redacción de dos paginas.

–¿Qué quieren que redactes?

–La profesora quiere que escribamos qué haría falta para que se mejorase el mundo. Lo que pasa es que no lo sé, abuelo. Sé que hay muchas cosas que yo podría hacer pero no sé ¿dónde empezar?

–Eso es la clave, Manuel, la gente gasta mucho tiempo en pensarlo todo mil veces y de arriba abajo y al final del día se da cuenta de que no ha conseguido nada.

Después de haberle puesto el agua al perro el chico se había sentado en una de las sillas que rodeaban la mesa en de la terraza desde donde ahora le escuchó a su abuelo quien al terminar la frase se fue a cortar el pastel y a hacerle un chocolate al chico en la cocina. Éste se quedó un momento pensando en las palabras del abuelo antes de que él también se levantara de nuevo para seguirle al abuelo a la cocina.

–¿Tú crees que el mundo cambiaría si la gente pensara menos y hiciera más, abuelo?

El abuelo acababa de coger las tazas cuando escuchó la jovencita voz de su nieto desde el bastidor de puerta. Cogio la bandeja y se dirigió hacia afuera.

–Ahora te lo voy a decir. Llévate el agua, Manuel, que no me cabe más en la bandejilla.

Mientras ponía la mesa el viejo, el muchacho cogía un palo a sacar el toldo con el fin de que sombreara la pequeña terraza que- ya eran las doce y media- se encontraba completamente relucida. Pues en la sombra del toldo amarillo se sentaron y el abuelo sirvió el chocolate al niño y dos trozos de pastel. Luego tomó dos cubitos de azúcar moreno y los disolvió en su café. Miraba a su nieto que por unos instantes parecía totalmente distraído por los sabores que se estaban desplegando en su boquita. Durante algunos minutos seguían callados en sus acciones, uno removiendo la cucharra infinitas veces en una taza de café, el otro disfrutando su pequeño almuerzo de pastel y Cola Cao. Finalmente le dijo el viejo al joven:

–Escuchame, Manuel, aunque no sabemos qué puede cambiar el mundo, sí sabemos que lo que conseguimos pensando es todavía menos que lo que podemos alcanzar cuando nos ponemos a hacerlo. Quiero decir, el vaso no se llenará aunque pensara mil veces en ello.

–Eso está claro.

–Claro. Si bien eso tampoco quiere decir que debiéramos dejar de pensar en absoluto. Es todo una cuestión de medida. Pero en general los resultados se hacen y no se piensan, ¿vale?

–Entendido. Pero si uno no hace nada tampoco puede romper nada.

–Bueno, y ¿cómo se alimenta si no tiene la comida? Los pasteles no vienen por vía correo, hace falta alguien que te los haga.

–¿Hacer un pastel de miel causa problemas en el mundo?

–Sí y no. Ni tu madre que lo hace, ni tu padre que lo paga, ni yo que acabo de servirlo ni tú tampoco que estás en comerlo, nadie de nosotros queremos que tenga que sufrir nadie por haber acompañado el proceso de aparición de un pastel. Sin embargo muchas cosas que forman parte de nuestra vida de cada día no representan inmediatamente lo que hacía falta para que se formasen. ¿Qué hace que se caldeé el horno en que se hornea el pastel?

–La corriente.

–¿Y de donde viene?

–De la central eléctrica.

–¿Y cómo se produce?

–Las maquinas lo producen.

–Vale. Digamos que la corriente la hacen las maquinas, pero ¿quién hace las maquinas?

–Nosotros los hombres, ¿no?

–Sí, muchos hombres que saben cómo se hace construyen maquinas con las cuales se permiten producir la electricidad de la que aprovechamos en casa. Pero aquellas ya han sido producidas por otras maquinas que a

su vez habían sido producidas por otros hombres que para ello tenían que utilizar herramientas que se compraban en tiendas cuyos dueños las habían comprado en una empresa alemana en la que se hacen herramientas. Pero las empresas de Alemania realmente no las hacen allí sino en China porque les sale más barato producirlas en China que en casa. Entonces, las herramientas para las tiendas en España y otros países en los que se necesitan primero las tienen que traer desde China a Alemania.

–¡Vaya, abuelo!

–Y no podemos saber si los empleados en China están felices o si el jefe les trata bien o no, ni tampoco sabemos si el barco molesta a los peces o no, o si de los niños en Alemania se cuidan igual que de vosotros aquí. Todo que sucede tiene un origen que normalmente está más lejos que suponemos. Puede que un niño en China nunca en su vida vea a un pastelito de miel aunque sus padres se dediquen cada día a la producción de herramientas que en el otro lado del mundo hacen que las máquinas nos produzcan la electricidad con la que pueden encenderse los hornos que hace falta para que aquí los hijos puedan disfrutar de los pasteles de las madres como tú ahora. Aunque no se ve, sí está todo conectado con el otro de alguna manera. La menor cosilla está entrelazada en un entramado gigante que se extiende en todo el mundo. ¿Entiendes?

–Creo que sí, abuelo.

–No sabemos que si un pastel provoca problemas, pero como a éste pastel le anteceden tantos pasos de tanta gente por lo menos resulta ser muy muy probable.

–¿Crees que a alguien de toda esta gente le molestaría que me comiera otro trocito?

–A lo mejor no, pero a tu madre no le va a gustar que luego no comas nada de la comida en casa.

–Venga abuelo, cuéntame más.

–Sí señorito. Pues consecuentemente no se puede no hacer nada. Aunque nos parezca que con nuestras vidas no molestamos a nadie no lo podemos saber. Por eso siempre hay que tener mucho cuidado con todas las actuaciones también de las que aparentemente no hay por qué preocuparse.

–¿Y eso es todo lo que hace falta para que se mejore el mundo? ¿Que tengamos cuidado y que nos fijemos en las consecuencias que puedan surgir?

Las explicaciones pararon cuando se levantó el perro para echarse adentro a un lugar más fresco. Mirándole ambos aprovecharon la ocasión para refrescarse también con un par de tragos de agua.

–Si cada uno se frenara antes de que actuara de cierta manera imprudente sí podría mejorar el mundo, pienso yo.

–Y si no sabe qué es precisamente lo que debería evitar hacer o, digamos, a pesar de que pensara mucho tiempo antes de comenzar aún así causa problemas o rompe algo, ¿pues para qué sirve frenarse?

El abuelo miraba el reloj. Ya habían pasado tres cuartos de hora. Era la una y cuarto. Debería llamar a su hija y decirle que Manuel aún estaba con él en su casa.

–Mira Manuel, ya hemos hablado mucho. Ahora te toca a ti asumir la responsabilidad por tu actuación. Tu madre se estará preocupando y deberías volver a casa.

–¿Pero qué se supone que redactó entonces?

–Pues puedes describir sobre lo que nos acabamos de dar cuenta, hijo. ¿Por qué no te imaginas como sería el mundo si todos fuéramos capaces frenar los procesos de actuación antes de que se rompiera algo por haber dado palos de ciego.

–De acuerdo, abuelo. ¿Sabes qué?

–¿Dime?

–Ya tengo una idea el qué mejoraría el mundo.

–¿Qué sería?

–Un freno mágico, abuelo.

–¿Un freno mágico, dices? ¿Y eso?

–Pues mira, el freno mágico estaría en todas las casas y en todas las fábricas en todo el mundo. Y siempre cuando estuvieran a punto de realizarse algunos procesos negativos, operaría el freno mágico y no dejaría que siguieran materializándose hasta que nosotros hubiésemos conseguido borrar todos los efectos secundarios fatales.

–Muy bien, Manuel, tengo ganas de leer tu redacción también. Que me la pases después, ¿vale?

–Claro que sí, abuelo.

El chico cogió al perro que descansaba bajo una mesa en la cocina y despidió a su abuelo, el cual se quedó mirándole durante un par de instantes antes de que cerrara la puerta para volver a su tarea pendiente en la casita de madera en el jardín.